

las humanidades en la universidad

María Cristina Laverde Toscano

Si analizamos el concepto de universidad en el tiempo encontramos que su contenido ha estado siempre dado por el momento histórico que se viva. La universidad ha tenido como misión la de preparar el modelo de hombre requerido por el tipo de sociedad dominante en cada período de su desarrollo. Interioriza en él los valores, las pautas de comportamiento, las normas y conocimientos necesarios para que dicha sociedad se reproduzca, hasta el punto de pretenderla eterna e inmutable.

No obstante, y como es lógico, el contenido de la universidad no escapa a los cambios de la historia. Indudablemente el momento actual está sometido a un proceso, si no de transformaciones profundas, sí de preparación a ellas. Asistimos a su antesala, así determinados sectores pretendan, dando la espalda a la historia en su constante fundamental, el movimiento, ignorarlos y lo que es más, oponerse a ellos. Es éste entonces, el contenido que debe hoy estar inmerso en cualquier universidad que se pretenda medianamente científica, si es que a este nivel podemos concebir términos medios.

Nuestra universidad debe estar en condiciones de reproducir aquel modelo de hombre que, a partir del conocimiento en profundidad de la sociedad de la cual hace parte, posea los instrumentos necesarios para contribuir a su transformación. Tales instrumentos surgen de la crítica en las ciencias humanas, desde el momento en que a través de ellas igualmente, se está en capacidad de comprender y aprehender el "todo social", sus contradicciones y crisis, las cuales, como es obvio, trascienden a la universidad misma en la medida en

que ésta no es más que el reflejo de una sociedad dividida y en proceso de descomposición.

Las ciencias humanas no admiten hoy aquel modelo del hombre en abstracto, válido quizá en un período feudal; del hombre independiente de la sociedad que lo ha forjado, ajeno a sus condiciones materiales de vida, desarraigado de su sociedad, ya que este tipo de humanismo sólo contribuye a la atomización de la sociedad en unidades individuales, reduciéndose ésta simplemente a la suma de tales unidades. No es tampoco el modelo de hombre individual, práctico y competitivo requerido por el liberalismo burgués, el que podrían acoger en su seno las humanidades que en el presente intenten un carácter científico.

De la misma manera, tampoco podemos concebir las humanidades al servicio exclusivo de las llamadas disciplinas del comportamiento. Su misión no es la de detectar y medir posibles reacciones con el fin de prevenir ciertos fenómenos, evitando cualquier tipo de conflicto que en un momento dado pudiera aflorar. No es la producción del hombre estándar, que se acomode al concepto cultural vigente de "normalidad" el objetivo de las humanidades.

Su objetivo es, por el contrario, el hombre social, quien adquiere este calificativo en la medida en que nace y crece en relación con su vida real, con sus condiciones de existencia, inserto en el todo al cual pertenece; es el hombre que produce y reproduce la sociedad, asumiendo para ello unas ciertas relaciones no sólo con los instrumentos que permiten su trabajo, sino con los demás hombres, tales relaciones son producto de las condiciones de la propiedad en cada sociedad determinada.

Nuestro momento rechaza un humanismo acrítico. No más culto a la memoria, al individuo, al acontecimiento desmembrado del todo; es preciso dejar a un lado los mecanismos afectivos que conducen a definiciones de carácter moralista. En forma imperativa se exige el cuestionamiento de los fenómenos de que hace parte el individuo social, del por qué y para qué de cada una de las cosas que hacen parte de la realidad.

La proliferación de carreras técnicas en el país responde a las condiciones del desarrollo de la producción y requiere igualmente un incremento y replanteamiento de las humanidades, no como el conjunto de materias introducidas artificialmente en las diferentes facultades, sino como la columna vertebral de las mismas, ya que sólo en esta forma se llegará al conocimiento real de nuestra sociedad, al control de los mecanismos que determinan su movimiento y a la autonomía de su producción.

Ahora bien, si aceptamos la importancia de un viraje en las humanidades acorde con la situación actual, las ciencias sociales deben replantearse no solo el problema del qué se va a estudiar, sino en la misma línea de importancia es preciso analizar el cómo se va a enfocar, ubicar y estructurar aquello que sea su objeto de estudio.

Las humanidades, en cualquiera de sus áreas, deben contribuir a la ubicación del futuro profesional, desde su actividad específica, en su situación histórica, analizándose como un elemento activo en relación con una estructura que se ha ido formando en el tiempo y respecto a la cual tiene un compromiso ineludible.

El comprenderse como elemento histórico contribuye al desarrollo de facultades antes negadas para el individuo a través de todo el aparato educativo: el desarrollo de la capacidad analítica y crítica, como fundamento indispensable para la aprehensión científica de la realidad. Igualmente, es el desarrollo de estas facultades el encargado de impedir o, mejor, de romper cualquier proceso de manipulación, tanto a nivel individual como social.

La presencia de las humanidades en la universidad con un contenido nuevo y científico no es opcional, es una necesidad que emerge de las condiciones actuales del desarrollo de las sociedades. La revolución de la ciencia, en cualquiera de sus niveles: física, química, astronomía, etc., trasciende a la forma o a las condiciones del conocimiento en general. Es esta nueva forma de conocimiento, el abordaje científico de la realidad, el que debe convertirse en eje de las humanidades.

Decíamos antes que el problema de las ciencias sociales no se reduce a su contenido, sino que trasciende a la forma como dicho contenido puede ser transmitido. Las humanidades deben acoger aquellos métodos de análisis que permitan explicar la problemática de la sociedad en el tiempo y el espacio. Ante todo se considera que la metodología a utilizar debe romper con el uso de técnicas que se queden en la descripción de los fenómenos, en la simple cuantificación, sin que logren llegar a la esencia de los mismos, a su contenido, instancia en la cual solamente estaremos en condiciones de explicarnos el fenómeno en sí y en relación con los demás que hagan parte de la estructura a la cual pertenezca.

Únicamente en la medida en que logremos romper la apariencia, la forma, lo externo; sólo cuando logremos develar la capa ideológica de nuestro objeto de estudio estaremos en capacidad de dar una explicación científica del mismo, es decir, estaremos en condiciones de estructurarlo y analizarlo en profundidad.

La universidad y las humanidades dentro de ella tienen hoy un compromiso histórico serio. Nuestra universidad tiene sólo dos alternativas: o pretende aislar los conocimientos del tiempo, del desarrollo de las sociedades en la medida en que menosprecie la importancia de dar una nueva vida a las humanidades, o es consecuente con la historia y las convierte en su columna vertebral, sin discriminar su presencia para las diferentes profesiones que acoja en su seno, pues cada uno de sus profesionales es un individuo social, tal y como lo concebimos y explicamos arriba, que debe desempeñar por tanto una función específica en el "todo social" y que igualmente tiene un compromiso con la historia.